DOMINGO 31 DEL TIEMPO ORDINARIO — CICLO A

No hacen lo que dicen: autoridad, servicio y fraternidad — Mal 1,14b–2,2b.8-10 · Sal 130 · 1 Tes 2,7b-9.13 · Mt 23,1-12

Este domingo las lecturas afectan, antes que a nadie, a quienes ejercen alguna autoridad en la comunidad. Los que "se sientan en el banquillo de los acusados" son los predicadores y los "maestros", y las tres lecturas forman un **"Directorio para los que tienen alguna clase de autoridad".**

Malaquías 1,14b–2,2b.8-10, profeta del siglo V a. C., es el **fundamento profético**: denuncia a los sacerdotes porque no buscan dar gloria al nombre de Dios sino la propia, porque se apartaron del camino y hacen "tropezar a muchos" en la ley, y porque hacen acepción de personas al aplicarla. Frente a esa parcialidad, el profeta invoca la fraternidad de origen: "¿no tenemos todos un solo Padre? ¿no nos creó el mismo Señor?".

1 Tesalonicenses 2,7b-9.13 ofrece el contraejemplo, que el comentario presenta como **"la antítesis"** de los malos dirigentes. Pablo, con sus colaboradores, trató a la comunidad "con delicadeza, como una madre cuida de sus hijos", quiso entregarle no solo el Evangelio sino "hasta nuestra propia persona" y trabajó "día y noche para no serle gravoso a nadie". Da gracias porque los tesalonicenses acogieron lo predicado no como "palabra de hombre" sino como Palabra de Dios, que "permanece operante" en ellos. Hay que añadir que el mismo capítulo completa la **imagen materna con la paterna** (1 Tes 2,11): Pablo usa ambas, un dato que importará más adelante.

Mateo 23,1-12 abre el último gran discurso público de Jesús en Jerusalén, dirigido, dice Mateo, "a la gente y a sus discípulos" (23,1); los "ayes" contra escribas y fariseos (23,13-36) no se leen este domingo. Jesús reconoce que los **escribas y fariseos** "se sientan en la cátedra de Moisés" y pide hacer lo que dicen, pero no lo que hacen, **"porque no hacen lo que dicen";** los acusa de atar fardos insoportables sin mover un dedo y de hacer todo "para que los vea la gente": filacterias y flecos ensanchados, primeros puestos, saludos y títulos. Jesús no reprocha llevar esos signos religiosos —las filacterias contenían las palabras principales de la Ley—, sino **convertirlos en ostentación**. A los suyos les dice: no os dejéis llamar maestro, ni padre, ni consejero (guía), porque uno solo es vuestro Maestro, uno solo vuestro Padre y uno solo vuestro consejero, el Cristo, y "todos vosotros sois hermanos"; el mayor será el servidor, y quien se enaltece será humillado.

El **fundamento hermenéutico** que ordena la propuesta tiene tres piezas.

La primera es la coherencia entre doctrina y vida: Jesús pudo enseñar el buen samaritano y las bienaventuranzas porque las vivía, y Lucas resume su obra como "lo que Jesús hizo y enseñó" (Hch 1,1).

La segunda es la gloria de Dios como criterio del ministerio, expresada en el lema del salmo —"no a nosotros, Señor, sino a tu nombre da la gloria"— y en el "conviene que yo disminuya y él crezca" del Bautista.

La tercera es la fraternidad: un solo Padre y un solo Maestro hacen hermanos a todos.

Se sitúa además **el texto en su historia**: Mateo lo recoge hacia los años ochenta "para que los dirigentes de la Iglesia cristiana no caigan en conductas parecidas", de modo que el discurso, aunque hable de otros, apunta a la propia comunidad cristiana.

Algunos aspectos que aparecen

- La autoridad como servicio: "el primero entre vosotros será vuestro servidor".
- La coherencia entre doctrina y vida en quienes enseñan: "dicen y no hacen".
- La gloria de Dios como criterio del ministerio, frente a la búsqueda de prestigio, primeros puestos y títulos.
- La fraternidad: un solo Padre, un solo Maestro; la crítica de la imagen piramidal de la Iglesia y del clericalismo.
- La moral que oprime frente a la moral acompañada: los fardos pesados y el posible "rabinismo cristiano".
- Pablo como modelo de pastor: entrega desinteresada, ternura de madre, trabajo propio para no gravar a nadie.
- La responsabilidad personal de la fe frente a la mediocridad institucional, y la corresponsabilidad de los laicos.

Algunos matices teológicos

Gloria de Dios y desinterés ministerial (Mal 1–2)
Malaquías vincula **el culto defectuoso con la vida defectuosa**: sacerdotes que no "dan gloria al nombre" de Dios, que interpretan la ley en provecho propio y la aplican con parcialidad. La parcialidad contradice la paternidad común (Mal 2,10), y de ahí la sentencia de maldición. Conviene saber que la lectura litúrgica omite Mal 2,2c-7: se pierde la sentencia de 2,3, que el comentario celebra con humor ("menos mal"), pero también el retrato del sacerdocio ideal de Leví (2,4-7), cuyos labios guardaban el saber y que era mensajero del Señor. Sin ese contraste, la denuncia queda sin el modelo que la hace inteligible.

Autoridad y poder
Una distinción decisiva: "tenemos poder, pero nos falta autoridad". **La autoridad**, en sentido evangélico, es credibilidad que nace de la coherencia; **el poder** es la capacidad de imponer. Mt 23,2-3 añade un matiz: Jesús reconoce la validez de la enseñanza de quienes se sientan en la cátedra de Moisés ("haced lo que os digan"), de modo que la incoherencia del maestro no anula la verdad que transmite, pero sí la hace increíble. La exhortación del obispo a los futuros presbíteros lo resume: **"creer lo que leéis, enseñar lo que creéis y practicar lo que enseñáis".**

Ministerio como diakonía[1]
"El primero entre vosotros será vuestro servidor" (Mt 23,11): el término griego es diákonos, y el comentario lo ilumina con el lavatorio de los pies (Jn 13) y con "yo estoy en medio de vosotros como el que sirve" (Lc 22,27). Añade el juego latino magister/minister —el primero indica quien tiene más autoridad, el segundo quien tiene menos y lo sabe— y dos ejemplos de descentramiento: el Bautista, que disminuye para que Cristo crezca, y María en el Magníficat, que atribuye a Dios todo lo hecho en ella. **El criterio es que nadie emprende el ministerio ordenado buscando honores, y que quien lo ejerce lo hace con desinterés económico y entrega personal.**

Fraternidad cristiana y crítica del clericalismo
Las voces más críticas leen Mt 23,8-10 como palabras "fuertemente antijerárquicas": **en la comunidad de Jesús nadie es propietario** de la enseñanza, nadie es "padre" ni "maestro" por encima de los demás, y cualquier título que introduzca superioridad va contra la fraternidad. De ahí la crítica de la **imagen piramidal de la Iglesia** —papa, obispos y sacerdotes arriba, fieles pasivos abajo—, que "no responde al deseo original de Jesús" ni refleja **el misterio de la Iglesia como Cuerpo vivo de Cristo**. La alternativa es la **corresponsabilidad**: "los sacerdotes somos responsables de que todos sean responsables". (Esta lectura dialoga con Lumen gentium 32, sobre la verdadera igualdad en dignidad y acción común de todos los fieles, y con Evangelii gaudium 102, que señala un "excesivo clericalismo" que margina a los laicos; ambas referencias son aportes de este análisis.)

Moral exigente y misericordia: los fardos
Mt 23,4 critica a quienes imponen cargas sin ayudar a llevarlas. Se puede aplicar a la Iglesia como **peligro de un "rabinismo cristiano":** no basta exponer con valentía las exigencias morales —callarlas traicionaría su misión—, hay que **ayudar a asumirlas** de manera humana, **ofrecer** "fuerzas para cambiar" y **mostrar** con la vida que la moral cristiana es "la manera más sana y acertada de vivir". Es la lógica de Mt 11,28-30: **Jesús aligera la carga porque es humilde y sencillo de corazón**. La condición previa es la experiencia de un **Dios que libera de la soledad, la desesperanza y el miedo**; sin ella, los mandamientos y el pecado no se entienden. La cita de Veritatis splendor: en la palabra de la Iglesia debe resonar la voz del Dios que "solo es el Bueno", que "solo es el Amor".

---

[1] **διάκονος (diakonos)** significa **"servidor"**, **"sirviente"**, **"asistente"** o **"camarero"** (alguien que atiende las mesas o realiza labores prácticas). **Origen y Significado**

Etimología: Deriva del griego antiguo y se relaciona con el verbo *diakoneo* (servir o prestar ayuda). Algunos estudios sugieren que se compone de *dia* (a través de / completamente) y *konis* (polvo), aludiendo a quien se mueve con prisa levantando polvo para atender una tarea.

Uso clásico: En la Antigua Grecia (en autores como Heródoto o Eurípides), no era un título religioso, sino una palabra común para designar a un ayudante, criado o mensajero libre o esclavo.

En el Nuevo Testamento y el Cristianismo

Sentido general: En la Biblia, la mayoría de las veces se usa simplemente como **servidor** o **ministro** en un sentido general (por ejemplo, cuando se describe a quien sirve comida o a alguien que cumple una labor encomendada por Dios).

Rol comunitario: Se aplicaba tanto a hombres como a mujeres que colaboraban activamente en la iglesia primitiva (como Febe en Romanos 16:1).

Evolución eclesiástica: Con el tiempo, la palabra se institucionalizó hasta convertirse en el **diácono**, el grado jerárquico inferior del sacramento del orden sagrado en la Iglesia Católica, Ortodoxa y otras denominaciones cristianas, enfocado en el servicio y la caridad.

El pastor modelo: Pablo
El retrato paulino es la contrapartida positiva: "esfuerzos y fatigas", ninguna búsqueda de agradar a los hombres sino a Dios, evangelización gratuita, trabajo propio para no gravar a nadie, ternura de madre. Se subraya que es el retrato de la mayoría de los pastores a lo largo de los siglos**, "aunque los malos pastores llamen más la atención",** y propone un examen: **¿podríamos decir de nuestro trabajo, sin ruborizarnos, lo que Pablo dice del suyo?** Pablo, además, no atribuye su predicación a sí mismo: lo recibido es Palabra de Dios, y por eso permanece operante; la autoridad del pastor es derivada.

Reflexión
El marco litúrgico-pastoral abre con una confesión: **hoy los acusados son los pastores**. Malaquías denuncia, el salmo ofrece el antídoto de la humildad ("mi corazón no es ambicioso"), Pablo presenta el modelo y Jesús da la consigna. Aunque el reproche se dirige primero a **quienes presiden y predican**, el comentario lo extiende **a cualquiera que tenga autoridad** —en una familia, una escuela, una comunidad religiosa— y a padres y catequistas que quieran transmitir valores sin encarnarlos.

Primer movimiento ordena tres exhortaciones: buscar ante todo la gloria de Dios (el Bautista, el salmo), no buscar los primeros puestos (títulos**, "carrera eclesiástica"**, la ironía de **"¿todavía no eres monseñor?")** y no hacer lo que se dice.

Otro movimiento, de tono más crítico, recorre uno a uno los reproches de Mt 23 y los aplica en primera persona del plural: "Con frecuencia somos exigentes y severos con los demás, comprensivos e indulgentes con nosotros". Reconocer que es fácil vivir **pendientes de la imagen**, que gusta ser tratado de manera especial y no como un hermano más, y preguntar por qué la Iglesia no suprime tantos títulos, prerrogativas y honores, y por qué se permite el título de "padre". Ver en las palabras de Jesús un carácter "fuertemente antijerárquico" y proponer una Iglesia sin "los de arriba" y "los de abajo". Extiende el "dicen y no hacen" a dirigentes de toda índole —defensores del orden de vida desordenada, "socialistas que no han socializado mínimamente su vida"— y, dentro de la Iglesia, a quienes detectan "herejías ocultas" y condenan el pecado de los pequeños olvidando las injusticias de los poderosos. La salida es la de "maestros de vida", cuya sinceridad y vuelta a lo esencial **"desintoxiquen" la atmósfera eclesial**.

Otro movimiento equilibrar la crítica con dos correctivos.

El primero es la advertencia contra cierto "rabinismo cristiano": la Iglesia debe proclamar con claridad las exigencias morales, pero también ayudar a vivirlas, ofrecer fuerzas para cambiar y evitar la imagen de un Dios "rigorista y mezquino".
El segundo es la responsabilidad personal: la incoherencia de la institución escandaliza y duele, pero "la mediocridad de la Iglesia no justifica la mediocridad de mi fe", y "la decisión de abrirme a Dios o de rechazarlo es solo mía". La Iglesia tendrá que cambiar, pero cada uno es responsable de su fe, de su alegría y de su esperanza.

Finalmente, "Todos somos hermanos" pasar de la crítica a la propuesta: superar la pasividad creada por un clero numeroso y activo, entender la Iglesia como comunidad corresponsable y no como pirámide, y asumir que "todos somos responsables de la Iglesia y de su misión, aunque no todos seamos responsables de la misma manera".

Así, si los predicadores cumplieran todo lo que dicen "serían santos", y si hicieran todo lo que imponen "serían héroes"; el afán de que la gente los vea y aplauda en concentraciones multitudinarias revela una Iglesia satisfecha de sí; y lo que Jesús prohíbe —vestimentas que distinguen, primeros puestos, reverencias, títulos de poder y honor— es lo que hoy se vive con naturalidad, mientras que lo que nunca prohibió, la libertad de pensar y decir lo que se piensa, se ha vuelto sospechoso ... **"en nuestra religiosidad hay algo muy serio que no funciona".**

Algunas distinciones hermenéuticas que conviene mantener

- **Función, título y ostentación.** En la apreciación y juicio se puede oscilar entre la ironía benigna (el título de "monseñor"), la pregunta retórica (¿por qué se permite el título de "padre"?) y la prohibición tajante de "cualquier título que introduzca superioridad".

  El Nuevo Testamento muestra que la comunidad primitiva no leyó Mt 23,8-10 como abolición de todo magisterio o paternidad espiritual: Pablo se dice "padre" de sus comunidades (1 Cor 4,15; 1 Tes 2,11; Flm 10) y enumera entre

los dones a los maestros (1 Cor 12,28; Ef 4,11). Lo que Mateo prohíbe es la **pretensión de superioridad y la ostentación** (los primeros puestos, los saludos, los flecos ensanchados), **no la función de enseñar** ni la ternura de una paternidad espiritual.

Esa distinción entre función y título de honor no resuelve la cuestión de los títulos y las vestiduras eclesiásticas, que sigue siendo un debate legítimo de prudencia pastoral, pero impide convertir Mt 23,9 en un precepto literal que el propio Nuevo Testamento no practicó. Tampoco conviene forzar la imagen materna: la "madre" de 1 Tes 2,7 convive con el "padre" de 2,11.

- **Jerarquía, fraternidad y clericalismo.** Las voces críticas llaman "antijerárquicas" a las palabras de Jesús y atribuyen a su deseo original una Iglesia sin "arriba" ni "abajo". Es una afirmación histórica discutible: los evangelios también muestran a Jesús instituyendo a los Doce y confiando un lugar singular a Pedro (Mt 16,18-19; Jn 21,15-17), y la doctrina católica afirma a la vez la igualdad radical de todos los bautizados en dignidad y la diversidad de ministerios (Lumen gentium 32; cf. 18-29).

  Lo que Jesús excluye es el dominio: "entre vosotros no será así" (Mt 20,25-26; cf. 1 Pe 5,3). La distinción útil no es entre jerarquía y fraternidad, sino entre autoridad como servicio y clericalismo como dominio y pasividad, este último señalado por el magisterio reciente (Evangelii gaudium 102; Francisco, Carta al Pueblo de Dios, 2018). No todos son responsables de la misma manera.

- **Doctrina, vida y libertad de pensamiento.** Mt 23,3 reconoce la autoridad de la enseñanza ("haced lo que os digan"), y esto separa dos cosas: la validez de lo enseñado y la credibilidad de quien lo enseña. La incoherencia del ministro desacredita, no invalida.

- Por otra parte, Jesús "nunca hizo problema de las ideas que cada uno tenía". Es cierto que su crítica en Mt 23 no apunta a la heterodoxia sino a la **hipocresía y al doble rasero**, y que los discípulos no tenían claras su identidad ni su resurrección cuando murió (cf. Lc 24,21; Mt 28,17). Pero eso **no autoriza a concluir que la doctrina sea secundaria**: el Nuevo Testamento se preocupa por el discernimiento de la enseñanza (Mt 16,12; Gal 1,8-9; 1 Jn 4,1-3). Lo que Mt 23 condena es el uso de la doctrina como arma o como coartada, no el cuidado de la verdad.

- **Polémica intrajudía y generalizaciones.** Mt 23 es el capítulo más polémico del evangelio contra fariseos y escribas y pertenece a una controversia intrajudía de la comunidad de Mateo hacia **los años ochenta**. Se aclara que se refiere a "algunos fariseos y escribas (tampoco todos, naturalmente)", y conviene sostener esa cautela, la misma de los Domingos 27, 29 y 30. Hay tres puntos concretos.

  Primero, Jesús no censura **los signos de piedad**: el borde (kráspedon)[2] del manto de Jesús que tocan los enfermos en Mt 9,20 y 14,36 corresponde, según suele entenderse, a esas mismas franjas rituales; lo censurado es ensancharlas para ser vistos.

  Segundo, la etiqueta **"rabinismo cristiano"** corre el riesgo de identificar el judaísmo rabínico —que se consolidó después del año 70 y no equivale a legalismo— con el rigorismo; es preferible nombrar la actitud ("rigorismo sin acompañamiento", "moral de fardos") y no al grupo.

  Tercero, se puede afirmar que Jesús presenta a los sumos sacerdotes "siempre como agentes de sufrimiento y muerte" pero es una **generalización** que los textos -en general- no sostienen de modo uniforme y que alimenta la **culpabilización colectiva**; los relatos de la Pasión hablan de responsabilidades concretas de dirigentes concretos.

---

[2] ***κράσπεδον*** *(transliterada como kráspedon) significa borde, dobladillo, orla, fleco o borla de una prenda de vestir.* ***Significado y detalles principales***

Definición literal: *El extremo, margen o ribete de un vestido o manto.*

Contexto bíblico (Nuevo Testamento): *En la tradición judía, los varones llevaban en las cuatro esquinas de sus mantos unos flecos o borlas llamados* ***tzitziyot*** *(según se ordenaba en la Torá, Números 15:38), que servían como recordatorio de los mandamientos.*

Uso en los Evangelios: *Aparece, por ejemplo, en el relato de la mujer con flujo de sangre que tocó el kráspedon (borde o fleco) del manto de Jesús para ser sanada (Mateo 9:20; Mateo 14:36; Lucas 8:44).*

Para una reflexión movilizadora

Lo más desconcertante de este domingo es quién está sentado en el banquillo. Casi todos los comentarios a Mt 23 han usado estas palabras para señalar a otros, y la historia de esa lectura —incluida la que convirtió a "los fariseos" en símbolo de todo un pueblo— es dolorosa. **Ahora se puede acusar a** los **predicadores y diremos**: "Con frecuencia somos exigentes y severos con los demás", pero una expresión que comienza por señalar a la clase de su propio autor tiene una fuerza que ningún sermón sobre los defectos ajenos puede igualar, y es coherente pensar que Mateo recogió el discurso para que los dirigentes de su propia Iglesia no cayeran en conductas parecidas.

La segunda provocación es la credibilidad. Jesús pudo enseñar el buen samaritano y las bienaventuranzas porque las vivía; "hizo y enseñó", dice Lucas, y en ese orden. De ahí una frase que condensa el domingo: "tenemos poder, pero nos falta autoridad". El poder se tiene por el cargo; la autoridad se recibe de los demás cuando ven que lo dicho se hace. Es una pregunta que cada uno puede aplicarse según su lugar —padre, catequista, maestro, jefe, pastor—: **si mi vida estuviera sola en el aula, ¿qué enseñaría?** Pero podemos ver que la pregunta no queda en pura culpa: junto a los malos pastores, que "llaman más la atención", recordar a la **mayoría silenciosa** que acude de noche a un moribundo, visita a los enfermos y ayuda a cambiar las sábanas de una cama. Que el escándalo de unos pocos no borre la fidelidad de tantos; y que la fidelidad de tantos no sirva de coartada a los pocos.

La tercera provocación es la más pastoral: los fardos. Jesús no objeta que se exija; **objeta que se exija sin ayudar a cargar;** las personas "no necesitan solo condenas, sino, sobre todo, fuerzas para cambiar". Es una pregunta que todo el que enseña puede hacerse con sencillez: después de oírme, **¿la gente se siente más liviana o más cargada?** Jesús ofrecía otro yugo, "suave", y una carga "ligera" (Mt 11,30), y quien no ha hecho siquiera una primera experiencia de un Dios que libera de la soledad, la desesperanza y el miedo difícilmente entenderá un mandamiento. Por eso la moral dicha con valentía solo evangeliza si deja ver al Dios que "solo es el Bueno" y "solo es el Amor".

Y queda la fraternidad, no conformarse con pedir mejores pastores, proponer otra manera de ser Iglesia, comunidad corresponsable en vez de pirámide, y formula una tarea que invierte el sentido habitual de la autoridad**: "los sacerdotes somos responsables de que todos sean responsables".** La autoridad así entendida no consiste en hacerse necesaria sino en hacerse cada vez menos necesaria, como el Bautista: "conviene que yo disminuya y él crezca". La contrapartida que impide esconderse detrás de la institución: la Iglesia tendrá que cambiar mucho, pero "la mediocridad de la Iglesia no justifica la mediocridad de mi fe". Quizá la **medida de una autoridad evangélica sea esta: cuánta responsabilidad logró repartir y cuánta gloria logró devolver a quien le pertenece.**

Ahora … ¿qué haremos?

1. Examinar la coherencia de quien enseña. que pastores, padres, catequistas, educadores y dirigentes revisen en concreto dónde "dicen y no hacen", y no exijan a otros lo que no se exigen a sí mismos (Mt 23,3-4; Hch 1,1).

2. Buscar la gloria de Dios y no el propio prestigio. purificar intenciones y prácticas de la preocupación por la imagen, los primeros lugares y los honores, y tomar como criterio de discernimiento el lema "no a nosotros, Señor, sino a tu nombre da la gloria" (cf. Jn 3,30).

3. Ejercer la autoridad como servicio concreto. gratuidad económica, disponibilidad a cualquier hora, cercanía con enfermos, niños, jóvenes y ancianos: la ternura de madre de 1 Tes 2,7 y el gesto de lavar los pies (Jn 13).

4. Aligerar los fardos sin rebajar el Evangelio. proponer las exigencias morales con claridad y valentía, pero acompañando humanamente y ofreciendo fuerzas para cambiar, de modo que la palabra de la Iglesia deje ver al Dios que "solo es el Bueno" y "solo es el Amor".

5. Promover la corresponsabilidad fraterna. pasar del modelo piramidal al de comunidad: los presbíteros trabajan con los fieles y no solo para ellos, los laicos asumen su responsabilidad, y se revisan títulos, formas y estructuras que fomentan distancia o pasividad (cf. LG 32; EG 102).

6. Asumir la propia conversión y leer con honestidad. no esperar a que cambie la institución para reavivar la propia fe, y predicar Mt 23 como espejo y no como arma: **distinguiendo función y título**, **jerarquía y clericalismo**, validez de la doctrina y credibilidad del ministro, y sin convertir la polémica de Mateo en juicio sobre los fariseos ni sobre el judaísmo.